

La obra de J.F. Hutchinson, cuya originalidad consiste en que su autor no parece tener ningún vínculo con la Cruz Roja, llega a algunas conclusiones que pueden resultar chocantes para los miembros del Movimiento y sus simpatizantes. Pero, en todo caso, está basada en una copiosa documentación que el autor estudió muy meticulosamente. Por último, el libro tiene el mérito de abrir un debate en el que otros historiadores desean tal vez participar.

Françoise Perret

Encargada de investigaciones del CICR

*
* *
*

En este importante libro, John F. Hutchinson, profesor de historia en la Universidad canadiense Simon Fraser, hace un examen crítico del Movimiento de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja desde alrededor de 1860 hasta justo después de la Primera Guerra Mundial. Para ello, Hutchinson tuvo que vencer la «cortés táctica evasiva» (p. 3) del CICR, así como la tendencia de muchos a tratar al personal y a los organismos de la Cruz Roja con una veneración casi religiosa².

Desde el primer capítulo, Hutchinson ofrece a sus lectores una interpretación convincente y revisionista del desarrollo de la Cruz Roja. Henry Dunant, promotor entusiasta de la idea de sociedades de asistencia sanitaria voluntaria para socorrer a los heridos de guerra, es presentado como un cristiano evangélico con un complejo mesiánico capaz de decir, a veces, «disparates pseudoreligiosos» (p. 14), que emprendió diversos proyectos de índole dubiosa y protagonizó un escándalo financiero. El Comité de los cinco de Ginebra, que hizo suyas las ideas de Dunant y se convirtió con el correr del tiempo en el respetado CICR, manifestó hacia las clases bajas, especialmente hacia las mujeres de la clase baja, actitudes típicas de la clase media suiza (en contraste con las que tenía con las damas de la clase alta). Por sus actitudes sociales, los primeros miembros del CICR no se distinguían, naturalmente, de la mayoría de los hombres europeos de la clase media de su época, especialmente de los franceses. Esta cuestión del trato a las mujeres está respaldada, al igual

² Recensión reproducida con autorización del *The International History Review*.

que otras, no sólo por pruebas documentales, sino también por muchas ilustraciones que contiene la obra.

Hutchinson demuestra, entre otras cosas, que las ideas fundamentales incorporadas al primer Convenio de Ginebra (1864), como la de autorizar al personal sanitario neutral a socorrer a los combatientes enfermos o heridos, estaban muy difundidas en Europa; que Dunant y sus colegas suizos no tenían el monopolio de ellas; que la costumbre alemana de prestar asistencia sanitaria voluntaria durante la guerra era bastante avanzada para la época; y que los Estados aceptaban estas ideas y prácticas, sobre todo porque deseaban una guerra más eficaz y aceptable, y no para que triunfara la moralidad sobre la razón de Estado. Con la creación de mayores ejércitos, debido al servicio militar obligatorio, y la rapidez de las comunicaciones, las instituciones militares tenían que prestar mejor asistencia a sus heridos. O, como dice el autor, «La *Realpolitik* era tan importante como el humanitarismo ...» (p. 29).

Es verdad, como señala Hutchinson y lo muestra también un reciente estudio de un directivo del CICR,³ que el CICR no se consideraba inicialmente a sí mismo como el organismo operativo rector de la Cruz Roja, sino como una institución de apoyo a las sociedades nacionales de socorro. Sin embargo, Hutchinson deja claro que, ya desde el comienzo, los padres fundadores suizos del movimiento maniobraron para proteger su posición como guardianes del desarrollo de la Cruz Roja. En vez de mostrarse magnánimos y modestos y de no participar en la refriega, tomaron parte en ella, repeliendo primero un intento francés de hacerse con el liderazgo de la Cruz Roja y, más tarde, otra tentativa norteamericana. Esta primacía del CICR, o por lo menos su independencia, ha resultado en cierto sentido buena, ya que el actual CICR ha demostrado su valía humanitaria en muchos conflictos armados y crisis complejas, especialmente en las relaciones internacionales contemporáneas. Pero, por otro lado, la obra de Hutchinson muestra que un CICR enteramente suizo puede ser tan nacionalista, defensor de sus propios intereses y mezquino como cualquier otro integrante del Movimiento de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja.

El autor señala también que es probable que el símbolo original del Movimiento, una cruz roja sobre fondo blanco, no tuviese nada que ver con la bandera suiza invertida. Según él, no hay ninguna prueba de esta interpretación en el decenio de 1860 a 1870. Lo que sucedió más bien

³ François Bugnion, *Le Comité international de la Croix-Rouge et la protection des victimes de la guerre*, CICR, Ginebra, 1994, 1438 pp.

es que esa falsa interpretación de la génesis del emblema surgió mucho más tarde, como parte de un ingenioso intento de minimizar el papel del cristianismo en los orígenes de un movimiento que se había vuelto más universal y pluricultural, especialmente después de 1870, tras la incorporación de Turquía.

El punto focal de este estudio es sin duda que los Estados, especialmente sus militares, se apropiaron de las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja para sus propósitos nacionales, y el CICR no pudo impedirlo, aunque el grupo de Ginebra no siempre se opuso a los nacionalistas. Esta tendencia, que ya era evidente alrededor de 1870, quedó fuera de toda duda a raíz de la Primera Guerra Mundial. No se prestarían, en tiempo de guerra, protección y asistencia neutrales e internacionales controladas desde Ginebra, sino que cada Sociedad Nacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja se ocuparía ante todo de sus propios conciudadanos. De vez en cuando los rusos u otros proponían un sistema más centralizado, pero estos planes se estrellaban siempre contra el nacionalismo militarista. Hubo momentos en que el CICR se unió a la coalición nacionalista para proteger su posición. Así como el marxismo universal cedió ante el nacionalismo, lo mismo ocurrió con el humanitarismo universal de Dunant. En los Estados Unidos se condenó, durante la Primera Guerra Mundial, a un ciudadano por traición por haberse negado a apoyar a la Cruz Roja Norteamericana, una sociedad humanitaria supuestamente privada o, por lo menos, cuasiprivada. La Cruz Roja Japonesa de la época no tuvo dificultad en compaginar militarismo, sexismo, agresión y expansionismo, y tal vez por eso no se diferenció de otras muchas instituciones nacionales de este movimiento «humanitario».

Hutchinson concluye su obra, que se enmarca en una labor de investigación de varios volúmenes, narrando el interesante intento del estadounidense Henry Davison, que, tras la Primera Guerra Mundial, quiso reorientar y reestructurar el Movimiento de la Cruz Roja, creando la Liga, hoy denominada Federación Internacional de las Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. Su plan original era subordinar el CICR a la Liga (bajo dirección norteamericana). La Liga se fundó mediante procedimientos discutibles y fue reconocida formalmente en 1928, aunque en una forma mucho más débil, en parte debido a las astutas maniobras del CICR, que tenía experiencia diplomática. Pero este episodio dejó aún más fracturado al Movimiento —que tiene ahora dos sedes en Ginebra— y una cierta rivalidad entre ellas, como se ha puesto en muchas ocasiones de manifiesto desde los años veinte.

En general, Hutchinson ha realizado una ingente y meticulosa investigación con una perspectiva crítica que hacía mucha falta. Si al CICR no le gusta este trabajo, tampoco le gustará a muchos franceses, americanos, japoneses y otros más. Por lo que puede juzgar el autor de esta reseña, que no es historiador, el libro contiene pocos errores sin importancia. La mayor parte de las publicaciones de la Cruz Roja son insípidas y de autobombo. Son pocos los autores independientes que han tratado de conseguir una comprensión objetiva de este Movimiento tan reverenciado y que han arrojado las dificultades de escribir sin consultar los archivos, en su mayoría cerrados, del CICR. Se trata de un libro importante para los lectores interesados en el Movimiento de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, las relaciones internacionales, la salud pública y las instituciones militares.

David P. Forsythe
Universidad de Nebraska-Lincoln
